

A VUELTAS CON LA SOLEDAD

Que no. Que no os librais de mí. Prometí volver en enero de mis largas vacaciones y no veía la hora.

Esto de organizarme no acaba nunca. Si te suscribes a tres periódicos distintos para sacar una media informativa, y cada uno trae suplementos de “salud”, “motor”, “corazón”, “vivienda”, “economía”, “viajes”, puedes irte derecha al otro mundo ahogada entre papeles.

Y no sólo periódicos. Me rio al pasar por la librería francesa de mi barrio y leer en el escaparate el último título de Umberto Eco: “**No creas que puedes deshacerte de los libros**” ¡Horror! Son miles.

El reclamo de unas felicitaciones vuestras me hace regresar. Y el tirón último, es el e-máil de Ronald: “Hola Déborah, ¿Cómo estás?, ¿todo bien?” No dice más. Pero ya es mucho para mí que admiro lo breve con alma.

Por eso me encantan los que llegan de Argentina: “Déborah, ¿quién sos?”. Y el de un internauta que, cuando hablé de los “Días raros” comentó: “10 puntos”. ¿Puede darse más brevedad? Pero es Ronald, íntimo desconocido, el que me hace volver de esta soledad sin vosotros.

¿**E**n qué quedamos los blogueros? ¿Nos quita el ordenador la soledad o nos la da?. Alguien lo resuelve con un verso de Machado: “Tengo a mis amigos en la soledad, cuando estoy con ellos, qué lejos están”. Es la tesis que sostiene el libro, “Juntos y solos” de la psicóloga y profesora, Sherry Thurkle, que “barre” en Estados Unidos. Protesta contra las patologías variadísimas, nacidas del ordenador. Por lo visto, todos los artilugios que surgieron para conectarnos, nos aíslan y convierten en bichos raros.

Después de 15 años de investigación comenta: “Usamos objetos inanimados para convencernos de que estamos unidos, aunque estemos solos. Y, cuando estamos con otros, nos aislamos”

Yo, encima, tengo la desgracia de que no hay vez que pregunte una dirección por la calle que no tope con un “enganchado”. Y, ni caso.

Tal vez por eso, opina la psicóloga: “Nos estamos haciendo todos más tontos. Hemos inventado formas de estar con las personas que las convierten en objetos”. Objetos y sordos, clarísimo.

La paradoja de estar “juntos y solos” no es exclusiva de las “redes sociales”.

Hice una entrevista a Noemí James, la primera mujer en dar la vuelta al mundo en solitario. Inglesa, veintinueve años y rostro agradable. Cuando le declaré mi admiración por su “record” me dijo: “Para muchos he dado sólo la vuelta al mundo, pero he hecho una experiencia maravillosa de la **soledad**, menos difícil de vivir que la **compañía**”.

Por lo visto, para lo que hace falta la “aguja de marear” es para vivir con los otros.

Amar la **soledad** no es lo mismo que ser un **solitario**. A quien le gusta la soledad, está, de por sí, acompañado. Podría “ligar” hasta con su sombra. ¡Tengo yo un secreto! Os lo diré un día.

Claro que los que no podemos hacer un alto en nuestra vida y navegar nueve meses en solitario, hemos de aprender a convivir. El 90% de las parejas lo saben.

Difícil, pero compensa. Si hay que afrontar la soledad acompañados, hemos de vaciarnos a la hora de vivir en compañía. Olvidarnos de conjugar el **yo, a mí, para mí, me**, pronombre personal queridísimo. Pero no seríamos nada sin otro pronombre...

Sólo los que aman saben decir “tú”.

¿ De acuerdo?

Déborah

